

¿Sí?

Sí, parece que suena el timbre.

Anuncia la llegada del médico y la enfermera. A ver si esta vez es el suyo.

—Emilio, abre

—Que sí, Paz...

Sabía que este momento llegaría desde el día en que, tras escuchar el sonido de otro timbre, entró, reticente, en la consulta de la doctora del hospital, solo para que le confirmara lo acertado de sus presentimientos. Llevar meses barruntando malas noticias no atenuó el golpe, solamente hizo que lo viviera con cierta distancia, como si ese diagnóstico infausto se lo estuviesen dando a otra persona. Y entonces, una larga sucesión de pinchazos y pruebas, idas y venidas, más pruebas, más llamadas, más timbres, más entrevistas con caras distintas que le cuentan cosas diferentes pero a la vez la misma. Y, sí, le explican qué va a ocurrir, o qué es más posible que ocurra y, de forma más o menos velada, en qué plazo es más probable que suceda. Pero no le explican cómo afrontarlo, ni cómo se apañarán Emilio y ella ni, por supuesto, cómo se las arreglará él sin ella.

De nuevo el timbre. ¿Ha abierto Emilio el portal? Sí, éste es el timbre de la puerta.

No es su médico. A este no lo conoce; la enfermera sí es la suya, es quien estuvo curando la úlcera de Emilio durante casi dos meses y quien le quitó a ella los puntos de la ingle. Es la única persona del ambulatorio que no ha cambiado. Porque médicos la han visitado ya varios, nunca el mismo. Este es más joven que la anterior pero, en cuanto la saluda, le formula las mismas preguntas sobre el dolor, la fatiga, el apetito, el sueño...

A ver cómo le explica que, aunque no le apetece comer ni duerme bien, lo que le amarga es el cansancio. Al principio sí era el dolor de tripas, que le taladraba la boca del estómago y le dejaba o bien sin apetito o bien con miedo a tragar, con lo que a ella le gustó siempre comer bien. Luego fue la incontinencia. Emilio la reñía por rechazar usar el pañal y obligarlo a acompañarla al baño de madrugada. Cómo se nota que no es él quien tiene que soportar la indignidad de pasar mojada toda la noche. Bueno, no toda la noche. Ojalá. Ya no recuerda la última vez que durmió cinco horas seguidas. Y dormir

bien de verdad, y no despertar malhumorada, nerviosa o triste. Y la tristeza. Dos pastillas para la depresión. Como si no tuviera derecho a estar triste. Y, sí, claro, una pastilla para el apetito. Que no funciona.

Pues no. Ninguna de esas cosas le importa mucho ya. Desde luego, no tanto como el cansancio. La falta de energía, ese agotamiento atroz que la asalta desde el mismo instante en que despierta y que, enseguida, se convierte en toda su experiencia. Un peso abrumador e invencible, atado a sus tobillos con cadena de reo, que la arrastra y la hunde en un agujero sin fondo de donde no puede salir a tomar aire. Una sima sin luz alguna, como aquella vez que Paco y ella entraron hasta la última cámara de la Cueva La Virgen y estuvieron diez interminables minutos escuchando su respiración y hasta sus latidos. Una opresión en el pecho que la aplasta por completo, como un pie pisando una hormiga, y le hace dudar de quién es y olvidar la cara de Emilio, y de Álvaro, y ya empieza a borrar de su memoria la media sonrisa de su madre cuando la castigaba. Y no. Eso no. Porque se prometió a sí misma no terminar completamente ida como la tía Juli, reclusa, gritando. Lo juró por Dios, aunque la tonta de su nuera siga insistiendo en que jurar por Dios es pecado. No entiende cómo puede una chica tan joven ser tan anticuada. Pues igual también es pecado lo que le pidió a la médico anterior y le va a pedir a éste: antes de vivir un solo día más ese vacío prefiere no vivir. Para ella, rechazar esa vida no es pecado, porque algo que su nuera nunca entenderá es que ella no rechaza la vida, sino la muerte que ya es esta vida. Y no puede creer que al señor barbudo que la juzgaba severamente con la mano en alto desde el techo de la capilla de las monjas le vaya a importar lo más mínimo.

Así que le pide que la duerman y no despierte más. A Emilio y Álvaro no les parece bien. Le da igual. Le importa aún menos la opinión de su nuera, que dice que está pidiendo que la maten.

El médico le pregunta si entiende bien las implicaciones de su petición. Este médico, que no debe de ser mayor que Álvaro, y no ha conocido el hambre, ni la vida sacrificada de una maestra de escuela de las de su época, ni los desprecios y menosprecios que ella tuvo que soportar, quiere asegurarse de que es competente para decidir cómo quiere dejar de sufrir. De acuerdo, es su trabajo. Y al menos la está escuchando, no como el oncólogo que le hizo someterse al tercer o al cuarto ciclo de quimioterapia, cuando ella ya había decidido no seguir. Le repite varias veces, con toda la claridad que le permite su lengua seca, que no quiere sentirse así más. Le da igual si

la duermen para no despertar o si la quitan de en medio con un pinchazo. Lo que sea más rápido para ella y más sencillo de aguantar para Emilio y Álvaro.

Bueno, parece que ahora sí.

Han pasado varios días, seguramente más de diez, o quince, qué más da. Hace un rato ha escuchado desde su cama sonar el timbre del portal, después el de la puerta, y se ha sorprendido a sí misma nerviosa por la anticipación. Tras varios preliminares, entre susurros y rostros sombríos, su enfermera ha llenado de líquido ese cilindro transparente que lleva días colgando de su piel. No menos de quince minutos ha debido de emplear rompiendo ampollas y cargando con su contenido la jeringa más grande que jamás había visto. Debe de ser una medicación diferente, potente, o quizá simplemente es más cantidad, porque esta sensación es nueva. Hasta ahora, cada vez que le ponían más medicación se sentía flotar en un océano, libre de lastre, pero siempre podía vislumbrar el fondo, allá abajo, a veces más lejos y otras menos. Y sabía, con absoluta certeza, que más pronto que tarde volvería a él, sus pies enterrados en la arena, o más bien cieno, y regresarían el cansancio y la tortura. Pero ahora, por vez primera, no ve el fondo. Ni la superficie. Solo flota. No necesita nadar, se mueve sola, aun sin esforzarse ni hacer ademán alguno. No sabe si avanza, porque ya no hay referencias, pero tampoco importa. Eso es lo mejor, que nada importa. Solo escucha un ruido lejano, parecido a la voz de su nuera, atenuada como si hablara con la boca tapada. Es como un eco sofocado, como cuando Paco y ella jugaban en el río a sumergirse y gritar con la boca abierta sin ahogarse. No está del todo segura, pero cree que dice:

—Ya está, Emilio. Ya está en paz.

Pues sí.

Sí.